

IX Jornadas de Sociología de la UNLP

Facultad de Humanidades - Universidad Nacional de La Plata

5 al 7 de diciembre de 2016.

Título: *Sobre el colonialismo interno en la nación multicultural*

Autora: Jorgelina Loza (UBA/IIGG-CONICET) - jorgelinaloza@yahoo.com.ar

Introducción

El presente de las naciones latinoamericanas sigue evidenciando una fuerte desigualdad, la que ha sido una característica central de su proceso de construcción. Nos preguntamos de qué manera se vincula esta configuración estructural con la construcción simbólica que aglutina a esas comunidades, ¿Es la exclusión una característica de la forma ‘nación’? ¿Quiénes integran la ‘nación’ y quiénes la construyen?

La perspectiva poscolonial cuestionó firmemente las construcciones nacionales contemporáneas y propuso pensarlas rescatando perspectivas subalternas. Esta revisión no solamente evidencia los mecanismos de colonialismo persistentes y las estrategias de dominación que los sostienen, sino que augurara nuevas formas comunitarias que incluyeran la heterogeneidad. A la luz de las ideas de Silvia Rivera Cusicanqui pensaremos la nación en América Latina y nuestra vinculación como investigadores con esos proyectos. Revisaremos la persistencia de estructuras de dominación colonial en las construcciones que se auguraron modernas así como en los proyectos que las continuaron. Sus reflexiones nos llaman la atención sobre el conflicto en la ‘nación’, las relaciones hegemónicas y el lugar de la heterogeneidad en las propuestas multiculturales, cuestiones insoslayables en un presente excluyente.

Aunque su lectura crítica de los procesos de consolidación nacional en América Latina – especialmente en Bolivia – ha sido una constante de su producción, en los últimos años observamos en los escritos de Silvia Rivera Cusicanqui una fuerte crítica de la reconstrucción del proceso organizativo en su país. La revisión y difusión de la crítica de la

perspectiva multicultural o plurinacional que el Estado boliviano ha adoptado desde la reforma constitucional de 2009 forma parte de las intervenciones directas que Rivera Cusicanqui ha realizado. Un gran antecedente de su intervención en el mundo de lo social lo constituye la creación de propuestas metodológicas alternativas que recuperaran saberes desestimados por ser “arcaicos”.

Nos detendremos en este trabajo en su recuperación del concepto de colonialismo interno y en su tenaz crítica al proceso de mestizaje, entendido como una ideología hegemónica en las naciones latinoamericanas a mediados del siglo XX. Entendemos esta revisión como un ejercicio dentro de la reflexión sobre las naciones latinoamericanas y la forma en que son experimentadas y construidas en el presente.

Sobre el colonialismo interno en América Latina

En la década de los '70, cuando el enfoque *dependentista* ya se encontraba difundido en el ámbito intelectual latinoamericano, y sus conceptos eran fuente de debates, una nueva controversia agregó aristas a la discusión. La construcción de un nuevo concepto como el de *colonialismo interno* establecía fuertes críticas a los enfoques anteriores por no detectar en profundidad las implicancias de la relación desigual de América Latina con el resto del mundo.

Siguiendo la propuesta de las teorías dependentistas de ubicar dos polos de un dualismo global, Pablo González Casanova va a postular que la relación entre el centro y la periferia tiene la forma de una vinculación de subordinación entre lo avanzado y lo atrasado. La conexión entre ambos polos es eminentemente cultural, no clasista, y muestra la existencia de relaciones sociales, políticas y económicas de dominación. La existencia del colonialismo interno marca la reproducción de las formas de dominación de tiempos de la colonia aun después de las guerras independentistas y la construcción de las naciones modernas. Las nuevas sociedades conservan, siguiendo a González Casanova, el carácter dual de las sociedades coloniales, así como su sistema de relaciones.

Sin embargo, el mismo concepto encerraba una polémica, ya que Rodolfo Stavenhagen se encargó de agregar que la situación de *colonialismo interno* mostraba la existencia de una dominación de clase encubierta en aquella ejercida por la potencia sobre la colonia. Este

sistema de dominación tiene raíces históricas, y se caracteriza por un grupo social que se identifica con la comunidad nacional y que mantiene en estado de subordinación al resto de la sociedad. Esta relación de clase logra absorber a las relaciones interétnicas, permeando la integración nacional, que resulta diferenciada y poco sólida. Su argumento refuta posicionamientos dualistas, dado que las diferenciaciones se encuentran dentro de los mismos segmentos del sistema social y están relacionadas con un mismo proceso histórico. Así, Stavenhagen otorga mayor énfasis a las relaciones de clase entre grupos raciales, dando cuenta de un entrecruzamiento entre estas estructuraciones al evidenciar que los elementos raciales en los que se fundó la distancia entre indios y mestizos son los que permitieron transformar esos órdenes en relaciones de clase.

La dependencia de América Latina y sus naciones es, entonces, fundamentalmente intelectual y cultural, lo que determina la situación de subdesarrollo. Los conceptos importados de forma mimética no explican la complejidad del cambio que la región requiere (Stavenhagen, 1972). El *colonialismo interno* da cuenta de la existencia de dos polos de un único proceso histórico desarrollado en la región: la Modernidad (el Capitalismo) y el Feudalismo. Ello implica que desarrollo y subdesarrollo están ligados, en el esquema mundial y al interior de Latinoamérica. La burguesía nacional y la oligarquía terrateniente, como exponentes dominantes de ambos polos, se alían para mantener el colonialismo interno, impidiendo la integración nacional. Este último es un proceso subjetivo, pero que depende de factores estructurales y que necesita para surgir de la desaparición del colonialismo interno. Sólo así será posible desarrollar una conciencia nacional.

De aquí se desprende que el principal obstáculo al desarrollo de América Latina es el *colonialismo interno* (Stavenhagen, 1972) y que está en manos de los intelectuales proveer la información necesaria al campesinado y el proletariado de la región para que busquen formas de movilización. Es necesario para ello que los intelectuales latinoamericanos analicen profundamente el sistema de dominación vigente, y que desentrañen los mecanismos de las elites, no solamente estudiar la situación de los oprimidos. El aporte principal de esta discusión, y del concepto mismo de *colonialismo interno* es el de mostrar la necesidad de sumar al análisis global de la relación dual entre los polos centro y periferia, el de la situación existente al interior de la periferia (Zapata Schaffeld, 1990). Allí

es donde hay una fuerte polarización entre clases y entre regiones, que no permite el desarrollo y la igualdad. Los intelectuales que se sumaron al debate fueron aportando elementos al análisis de la polarización, proponiendo interrelaciones entre las categorizaciones de la raza, la clase, los elementos económicos e institucionales (Chaloult y Chaloult, 1978).

El concepto de colonialismo interno permitió en su momento denunciar la situación de los grupos indígenas (Svampa, 2016). La situación de dominación colonial sobre las comunidades indígenas se hacía palpable en diferentes formas: económica, política, cultural. La vinculación de esta situación de fragmentación y dominación con la experiencia colonial permitió elaborar una mirada general y caracterizar a la construcción de la nación.

Unas décadas después de haber sido propuesto y discutido, vuelve sobre la idea del colonialismo interno Silvia Rivera Cusicanqui. Esta socióloga boliviana ganó reconocimiento al conformar el Taller de Historia Oral Andina (THOA), en el que se buscaba construir y aplicar metodologías de investigación alternativas o poco exploradas, que recuperaran saberes orales que habían sido considerados arcaicos por la academia de la región. Como toda propuesta metodológica, la de recuperar la historia oral en Bolivia suponía un fuerte posicionamiento sobre el mundo y sobre la forma en que el conocimiento es construido.

En los trabajos de Rivera Cusicanqui el colonialismo interno aparece como el criterio que explica la distribución de los poderes en la actualidad de las naciones latinoamericanas. Pero su mirada sobre las sociedades postcoloniales se propone como integral, sumando nuevos cuestionamientos a la reproducción de las estructuras coloniales en el presente. Aparece entonces la situación subordinada de la mujer como uno de los efectos del colonialismo vigente, sumando la dimensión de género al análisis que proponían Stavenhagen y Gonzalez Casanova. El patriarcado es una dimensión fundamental del horizonte colonial reflejado en el presente. El colonialismo interno es para Rivera Cusicanqui una especie de matriz estructuradora que opera hasta el presente (Thomson, 2010).

En su trayectoria, Cusicanqui relata que comenzó a dudar de la capacidad de una mirada puramente estructuralista para dar cuenta de la dimensión histórica y política en la

construcción de representaciones. Las prácticas de nominación y la construcción de burocracias estatales acordes a esas categorías es una muestra de la segregación colonial y formas de violencia modernas. El colonialismo interno se encuentra internalizado y es entonces condición de posibilidad de segregaciones fundadas en la etnia o la raza.

Desde este marco teórico, el análisis de discursos sobre la nación boliviana le permitirá desandar la representación de una comunidad homogénea fundada en la figura del mestizo como superadora de las diferencias. Criticando fuertemente a Benedict Anderson, para quien la nación se construía a partir de la difusión de un tiempo homogéneo que sostuviera la idea de una nación como una comunidad imaginada (Anderson, 1991), va a analizar los fundamentos sobre los que la nación boliviana y la región latinoamericana han sido construidas.

Revisar la producción intelectual de la historia de Bolivia es dar cuenta de la complejidad de espacios y tiempos a través de grupos que coexisten (Cusicanqui, 2015). La lectura más rápida de estas producciones – refiere a las láminas de Melchor María Mercado de fines del siglo XIX que analiza en su libro más reciente – permite identificar el proceso de mestizaje iniciado a partir de la representación de sectores como cholos. Estas láminas permitían instalar en grupos diversos la imagen de la pertenencia boliviana, contribuyendo a la construcción de un imaginario nacionalista. Las representaciones gráficas de Mercado, sin embargo, muestran la coexistencia de una segregación colonial aun en la incipiente sociedad nacional boliviana, poniendo en duda no esa construcción sino la existencia de un tiempo homogéneo, lineal y vacío. El espacio andino que Silvia Rivera Cusicanqui habita y piensa se caracteriza, entonces, por la convivencia pluriétnica de tipos mestizos, cholos e indios representados en espacios diferenciados.

Pero la diversidad se sostiene gracias al poder ahistórico del Estado y la Iglesia como instituciones totalizadoras que construyen y difunden una imagen de lo nacional. Este poder se representa como frágil, implantando una estructura burocrática que no coincide con la diversidad étnica existente. La fragilidad se refleja justamente en la existencia de esos mecanismos de segregación social, que dejaba a una mayoría trabajadora bajo el dominio de una mayoría letrada que ocupaba cargos de autoridad.

La hipótesis central del análisis de imágenes que representan a la nación boliviana – y que además de pinturas y dibujos se extiende a producciones cinematográficas – es que estas

manifestaciones “ejercen una crítica práctica a las fuerzas subyacentes del colonialismo, el racismo y la opresión patriarcal” (Rivera Cusicanqui, 2015: 89), mostrando que el colonialismo y sus prácticas siguen vigentes aun a pesar de las conquistas de derechos del siglo XX. Es a través de estas representaciones que los sujetos silenciados logran hablar.

La ideología del mestizaje

El rechazo al proyecto nacional del siglo XIX se repite en intelectuales críticos de los países de América Latina, que subrayan especialmente los esfuerzos por la homogeneización de la población a partir de la construcción de una etnia nacional que legitimara el rol dirigencial de los criollos. Con mayores o menores diferencias, encontramos lecturas similares en muchos intelectuales latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XX. Pero lo que destaca a las lecturas Silvia Rivera Cusicanqui sobre la nación boliviana es la crítica profunda a la idea de nación que implementaron los procesos de reforma “progresista” en sus países en el siglo XX.

En las primeras décadas del siglo XX, el Estado paternalista implementó grandes planes educativos que incluyeron la creación de escuelas públicas donde se difundía el uso del español a las comunidades indígenas. En México también se promovieron proyectos de desarrollo en esas comunidades, que se alejaban de las prácticas tradicionales de las mismas (Stavenhagen, 2006).

El indigenismo como política oficial implicaba asimilación e integración a través del reforzamiento de las comunicaciones, incluyendo la construcción de caminos hacia las zonas habitadas por estas comunidades, así como su inclusión en el sistema educativo. Se trataba, según Stavenhagen, de estrategias de modernización de las comunidades indígenas e inclusión en la ciudadanía. Se resaltaba al mestizo como cimiento de la nación, cuya construcción sólo tendría lugar una vez salvado el problema del indio (Svampa, 2016). Las políticas indigenistas, una perspectiva integracionista que fue pensada por quienes no eran indígenas, debía además enfrentarse al desafío de lograr que la población mestiza urbana aceptara los elementos indígenas de la cultura nacional.

El análisis que Rivera Cusicanqui hace de las políticas del gobierno revolucionario de 1952 en Bolivia, refiere a entender estas políticas homogeneizadoras como una gran oportunidad

política para la movilización indígena. Según Stavenhagen, fueron las políticas indigenistas la que dieron lugar a los levantamientos indígenas que observamos en México desde la década del 80'. Esta nueva etapa de movilización indígena muestra el fracaso del desarrollo homogéneo que el Estado revolucionario promovía, aun con nuevas configuraciones. El historiador chileno José Bengoa (2009) coincide en este punto resaltando las nuevas características del proceso que se denominó “re-emergencia” indígena: referentes indígenas urbanos que acceden a estudios universitarios y presentan problemáticas distintas a las demandas campesinas. Stavenhagen habla de una “transformación de las etnicidades” detrás de esta movilización, promovida por la globalización y el surgimiento de actores transnacionales que desafían la concepción del Estado nacional como el principal organizados de la vida política, económica, social y cultural de los pueblos.

El análisis del mestizaje colonial andino que hace Silvia Rivera Cusicanqui se remonta a la construcción de la república boliviana desde inicios del 1800, aunque su aspecto más significativo es la lectura del proceso de reforma que se instala en Bolivia en 1952. Esta revisión otorga importantes elementos para pensar a la nación boliviana en el presente, especialmente a la luz del proyecto político de reconstrucción plurinacional. La aparición de la categoría de mestizo a mediados del siglo XX se distanciaba un poco de la categoría de indígena, aunque su origen haya sido más cercano. En este segundo momento, la categoría de mestizo aparece revalorizada, permitiendo legitimar el proceso de construcción de la nación que se proponía. Maristella Svampa recuerda en el análisis de esta estrategia simbólica estatal, el concepto de *formaciones nacionales de la alteridad* que refiere a la producción de categorías de identificación y clasificación que determinan o regulan condiciones de existencia diferencias para los grupos categorizados (Svampa, 2016). Las alteridades son, entonces, construidas desde una mirada hegemónica de la nación que legitima la jerarquización que las categorías determinan.

Rivera Cusicanqui llama *mestizaje colonial andino* a la “estructura de larga duración que se manifiesta como una profunda e internalizada práctica de autodesprecio, la cual se ha reproducido por siglos en la personalidad colonizada y atraviesa todos los estratos de la sociedad” (Rivera Cusicanqui, 2015: 93). Nuestra autora sostiene que el discurso del mestizaje que se difundió en Bolivia en los años 50', y que fundamentó el diseño de políticas públicas como la reforma agraria, el voto universal, la educación pública

monolingüe, entendía al mestizo como el producto homogéneo de diversas raíces, que confluían en el tronco jerárquico de la sociedad colonial. Refiere aquí a los impulsos del gobierno de Paz Estenssoro, parte del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) por erigir al indígena como el actor principal de la construcción de la nación, en tanto campesino y mestizo. Se creó en este marco el Ministerio de Asuntos Campesinos y, al igual que sucedió en México, tuvieron lugar reformas fundamentales para las condiciones de vida de estas poblaciones: se ratificó la abolición del servicio gratuito y el trabajo obligatorio. También encontramos esfuerzos por la masificación de la educación rural, a la vez que se implantaba el voto universal. En agosto de 1953, se concretó la reforma agraria junto con la nacionalización de las minas.

El gobierno de Paz Estenssoro retomó los esfuerzos reformistas de gobiernos anteriores sustentados en un renovado nacionalismo, para lograr una unidad social que permitiera sacar a Bolivia de su condición semicolonial (Cordero Ponce, 2012).

La ideología del mestizaje en tanto exaltación del mestizo como protagonista de la construcción nacional, permitió llevar adelante la ciudadanización de poblaciones indígenas para lo cual se utilizaron mecanismos que Rivera Cusicanqui califica como violentos (física y psicológicamente): el ejército y las escuelas rurales. Mientras tanto, estas políticas de inclusión se legitimaban con una visión celebratoria de lo telúrico y lo indígena (Rivera Cusicanqui, 2015). Estas ideas corren en paralelo al análisis que Stavenhagen propone para la situación de los grupos indígenas mexicanos, a partir del cual se revisan los alcances de las reformas propuestas por el gobierno revolucionario en sus distintas etapas.

La intelectualidad progresista colaboró transformando a los indígenas en campesinos, restando peso a su identidad étnica y revisando la construcción del pasado nacional. El mecanismo que la crítica (Rivera Cusicanqui cita a René Zavaleta Mercado, entre otros) a este proceso intenta mostrar es la recomposición de una élite que se veía a sí misma como la portadora de la misión histórica de (re)construcción de la nación. Finalmente, las políticas hacia los indígenas lograron neutralizar sus demandas autónomas presentándolas como arcaicas, y así reafirmaron su rol como masa trabajadora en función de esa élite gobernante. Esta renovación sólo podía lograrse exaltando la figura del mestizaje como la única identidad nacional legítima de Bolivia, siendo garantía de la construcción de una nación “moderna” e igualitaria – u homogeneizadora. La hipótesis central de esta profunda

crítica a la retórica del mestizaje que implantó la Revolución del '52 en Bolivia es que la deculturación de la población indígena en nombre de la construcción de una sociedad universal tuvo un impacto directo en la autopercepción de los sectores populares.

Es esta idea quizás la más relevante aquí, para poder seguir pensando el papel de estos grupos en la construcción de la nación. La autopercepción de la que Rivera Cusicanqui habla se relaciona de manera directa con el rol que los indígenas devenidos en campesinos ocuparon en el proyecto nacional boliviano. Según la visión radical de nuestra autora, la ambigüedad que carga la ideología del mestizaje – en tanto parece destacar un actor social subordinado, pero termina reproduciendo esa subordinación en otros términos, no novedosos – continúa siendo funcional a la reproducción de la dominación cultural de las élites criollas y mestizas sobre el resto de la población. La novedad radica aquí en que esa dominación se ejerce en el siglo XX desde la dirigencia estatal.

Además de las imágenes como reflejo de la ideología de una época, Silvia Rivera Cusicanqui se propone analizar los discursos estatales que hablan sobre el mestizaje, en tanto afirma que éstos forjan identidades al establecer estrategias de ascenso socio-económico, conductas matrimoniales además de, especialmente, imaginarios colectivos. El mestizaje opera como una estructura de hábitos que finalmente es transmitida y consolidada en el tiempo, condicionando estructuras objetivas y la producción de ideas y discursos: “la profunda huella represiva del colonialismo marca a hierro las identidades postcoloniales”, afirmará de modo contundente (Rivera Cusicanqui, 2010: 117).

La ilusión del mestizaje mostró a fines del siglo XX señales de conflicto en Bolivia. La diferencia cultural que había quedado oculta tras la exaltación de la figura del mestizo se volvía insoslayable. Los ciudadanos mestizos habían sido despojados de su especificidad indígena, borrando la existencia de contradicción no coetáneas, o bien formaciones nacionales de la alteridad, tal como mencionábamos unas páginas atrás. La aparición de la nominación de “pueblos originarios” es eje de análisis aquí en tanto niega la vocación hegemónica y la capacidad estatal de esos grupos.

Las reformas legislativas continuaron en Bolivia en la década del 90', ya que el gobierno de Sanchez de Losada impulsó la reforma constitucional que reconoció la pluriculturalidad de Bolivia. Además, se sancionó un conjunto de derechos para los pueblos indígenas como el reconocimiento de las tierras comunitarias y la personería jurídica de sus agrupaciones. El

avance más significativo llegaría a mediados de los 2000, cuando el gobierno de Evo Morales reconozca la plurinacionalidad del Estado boliviano en su texto constitucional. Rivera Cusicanqui integrará el grupo de críticas a este modelo, señalando sus límites y contradicciones internas en una extensa polémica con Álvaro García Linera (Vicepresidente del gobierno de Morales) que excede los límites de este trabajo.

La nación posible

La reflexión sobre los procesos históricos de construcción de las naciones latinoamericanas requiere sostener una mirada deconstructivista, pero sin perder el foco en la experiencia que sus actores atravesaron y atraviesan. Las preguntas sobre la sostenibilidad de las grandes ideas nacionales, aun revelada su ficcionalidad, adquiere mayor fuerza frente a conflictos raciales y étnicos contemporáneos. Son los pensadores poscolonialistas, especialmente aquellos que tratan con contextos violentos, los que lanzan a la arena teórica la pregunta acerca de los actores intervinientes en la construcción de esas ideas y la posibilidad de la existencia de representaciones contrapuestas frente a símbolos que se evidencian ambiguos y excluyentes. Esta postulación se inserta en la misma línea de la propuesta teórica que sostiene Eugenia Mallón en sus estudios sobre la conformación de sentimientos nacionalistas en los campesinados peruano y mexicano. Desde allí, postula que es posible analizar manifestaciones nacionalistas por fuera del Estado, que deberán entenderse como analíticamente diferentes pero históricamente conectadas (Mallón, 2003). Asumir que no existe una sola versión “real” del nacionalismo implica ampliar la mirada a manifestaciones que exceden los proyectos burgueses y que negocian constantemente con los mismos, bajo la premisa de una ciudadanía inclusiva, asumiendo que los sectores subalternos participan activamente en la construcción de las ideas nacionales (Mallón, 2003).

Aun cuando los enfoques postcoloniales y los estudios subalternos suelen solaparse y sus referentes son remitidos a uno y otro campo, sus construcciones teóricas toman caminos separados. Las expresiones postcoloniales emergieron destacando los efectos de la colonia en las sociedades independientes, mientras que los estudios subalternos llamaron la atención sobre la existencia de relaciones de dominación en las naciones emergentes (Dube, 2010).

Aquí podemos sumar la fuerte afirmación de Silvia Rivera Cusicanqui, en un texto en el que critica directamente a los autores postcolonialistas. Sostiene la teórica aymara que no será posible ningún proyecto descolonizador que se quede solamente en la crítica discursiva y que no avance en el terreno práctico: “No puede haber un discursos de la descolonización, una teoría de la descolonización, sin una práctica descolonizadora” (Rivera Cusicanqui, 2010b: 62). El discurso multicultural que solamente resalta las diferencias, sin proponer una reorganización de la sociedad nacional bajo nuevos preceptos inclusivos, es un “cambiar sin que nada cambie” que sólo otorga reconocimiento retóricos.

La perspectiva que Rivera Cusicanqui construye y propone sostiene una dimensión novedosa para el análisis del proceso de deculturación de los sectores subalternos en Bolivia: el género. El análisis del colonialismo interno estuvo carente de esta dimensión impidiendo detectar el entrecruzamiento entre etnia, clase y sexo-género en las huellas que el imperio ha dejado. Las subjetividades de la resistencia étnica y de clase en Bolivia muestran desde esta perspectiva una subalternización dentro de los mismos grupos subalternizados por la cultura blanca (Femenías, 2013), otorgando herramientas para comprender el papel de las mujeres y grupos étnicos en las construcciones nacionales latinoamericanas.

Los escritos de Cusicanqui acompañan las lecturas ya tradicionales en América Latina que visibilizan la marginalización y hasta criminalización a las que son sometidas las expresiones culturales no hegemónicas, continuamente etnizadas por el discurso multicultural y posmoderno. Sin embargo, el reclamo universal por la inclusión y contra la exclusión étnica podrá expandirse y hasta se harán reformas en su búsqueda, pero no habrá una verdadera justicia redistributiva si no se derriban las barreras interétnicas como las sexuales.

De las lecturas y escuchas de las reflexiones de nuestra autora podemos extraer que la nación como forma de organización política y comunitaria no muestra señales de desaparecer. Sin embargo, el desarmar sus principales preceptos nos puede conducir a pensar una nación sobre nuevas premisas. El reconocimiento de los subalternos como sujetos de derechos debe traducirse en su inclusión en el mercado laboral en posiciones

igualitarias, así como en el campo político en tanto actores que disputan posiciones hegemónicas.

Nos queda abierto el interrogante, sin recetas mágicas a la vista: ¿cómo se implementa una nación construida sobre premisas realmente inclusivas y respetuosa de la diversidad que contiene? ¿cuál es la nación posible? Rivera Cusicanqui, en una entrevista que brinda a Boaventura de Souza Santos y que incluye en su último libro, responde a la pregunta de ese pensador sobre la posibilidad de crear un Estado democratizador y descolonizado: “Yo pienso que nada es irreversible” (Rivera Cusicanqui, 2015: 320).

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1991) Comunidades imaginadas. México: FCE.
- BENGOA, José (2000) La emergencia indígena en América Latina. Santiago de Chile: FCE.
- CHALOULT, Yves y CHALOULT, Norma (1978) “Colonialismo interno: dicussao de um conceito”. *Revista Contexto*, Número 5, marzo. San Pablo: HUCITEC. pp 89-104.
- CORDERO PONCE, Sofía (2012) “Estados plurinacionales en Bolivia y Ecuador. Nuevas ciudadanías, ¿más democracia?” en *Nueva Sociedad*, No 240, julio-agosto de 2012. pp 134-149.
- DUBE, Saurabh (2010) “Identidades culturales y sujetos históricos: estudios subalternos y perspectivas poscoloniales” en *Estudios de Asia y África*, vol. XLV, núm. 2, 2010. pp. 251-292.
- FEMENÍAS, Ma. Luisa (2013) El género del multiculturalismo. Bernal: UNQui Editorial.
- MALLÓN, Florencia (2003) Campesino y ‘nación’: la construcción de México y Perú poscoloniales. México: CIESAS/El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2010) Violencias (re)encubiertas en Bolivia. La Paz: La mirada salvaje.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2010b) Ch’ixinakax Utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores. Buenos Aires: Tinta Limón.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2015) Sociología de la imagen: miradas ch’ixi desde la historia andina. Buenos Aires: Tinta Limón.
- STAVENHAGEN, Rodolfo (2006) “La presión desde abajo: derechos humanos y multiculturalismo”; en Gutierrez Martínez, Daniel (coordinador), Multiculturalismo. Desafíos y perspectivas. México: Siglo XXI/UNAM/El Colegio de México.
- SVAMPA, Maristella (2016) Debates latinoamericanos: indianismo, desarrollismo, dependencia y populismo. Buenos Aires: Edhasa.
- THOMSON, Sinclair (2010) “Nubarrones y destellos en la obra de Silvia Rivera Cusicanqui” en Rivera Cusicanqui, S. Violencias (re)encubiertas en Bolivia. La Paz: La mirada salvaje. pp. 7 – 24.

ZAPATA SCHAFFELD, Francisco (1990) Ideología y política en América Latina. México: Colegio de México.